

El busto del emperador, de Joseph Roth

Trad. de Isabel García Adánez; Barcelona: Acantilado, 2003;
62 pp.; ISBN 978-84-96136-19-9



Leonor Salaverría

Universidad de Buenos Aires, Argentina

El busto del emperador es una novela corta que condensa en pocas páginas la nostalgia hacia un mundo perdido: la monarquía de los Habsburgo. A partir de la historia del conde Mortsin, del pueblo ficticio polaco Lopatyny, Joseph Roth expresa el sentimiento de gran parte de la sociedad de su época luego de la Primera Guerra Mundial, y el consecuente desmembramiento del Imperio austrohúngaro. De un día para el otro, el conde comienza a sentirse extraño en su propia tierra, que ya no es la plurinacional Austria-Hungría, sino Polonia. Ahora resulta imposible moverse con libertad entre las fronteras de los territorios que conformaban el antiguo Imperio: las nuevas autoridades exigen visados y pasaportes; se hace lo posible para obstaculizar la libre circulación. Aquí surgen dos de los temas centrales en toda la obra de Roth, que incluye desde novelas y relatos hasta una gran producción ensayística: la enérgica crítica hacia los nuevos nacionalismos y la fragmentación de la sociedad.

Se trata, desde la perspectiva rothiana, de una consecuencia de la modernidad, que es percibida como un proceso de creciente alienación y atomización de los individuos, producto de la racionalización extrema de la lógica capitalista. Esta visión es similar a la de muchos otros intelectuales centroeuropeos que se dedicaron a intentar comprender el fenómeno de la alienación de los sujetos modernos. Este es el caso, sobre todo, de pensadores del período de entreguerras influidos por el pensamiento de Georg Simmel; fundamentalmente, autores de la teoría crítica. Roth pertenecía a este campo intelectual, aunque de manera periférica, ya que renegaba expresamente –al menos en la autoconstrucción de su figura de autor– de toda pretensión intelectual. Sin embargo, resulta muy difícil desvincular a los protagonistas de las novelas de Roth, como el propio conde Mortsin, a la figura del hombre moderno de György Lukács, caracterizado por el “desamparo trascendental” propio de su época. También podemos observar, en *El busto del emperador*, así como en otras obras del autor austrohúngaro, la centralidad del concepto de extranjería en la configuración del paradigma de un nuevo modo de subjetivación que se da con el surgimiento de la modernidad. La figura del extranjero, como forma típicamente moderna de habitar el mundo, fue

desarrollada por Georg Simmel y retomada repetidas veces por otros autores, como Theodor Adorno y Siegfried Kracauer. Este último, trabajó junto a Roth como periodista en la redacción del famoso periódico liberal *Frankfurter Zeitung*, fue también su amigo y, sin lugar a dudas, no solo influyó notablemente en su trabajo periodístico, sino también en sus obras de ficción.

El protagonista de *El busto del emperador* es, sugestivamente, un hombre desamparado y un extranjero: este es el drama del libro y de la nueva era a la que da lugar la Gran Guerra y la consecuente pérdida de fe en la concepción humanista del progreso. No se trata de una tragedia de ilustres personajes, sino de la melancolía de un *outsider* incapaz de adaptarse a la nueva realidad hostil. A semejanza de otras de sus grandes novelas, como *La marcha de Radetzky* y *La cripta de los capuchinos*, quien encarna esta melancólica y nihilista visión del mundo moderno no es un hombre de grandes atributos, sino un conde devenido en simple funcionario luego de la caída del imperio, que no puede integrarse a su presente. Es esta imposibilidad la que lleva al conde Mortsin a huir de Polonia y a refugiarse en un país no afectado por la Gran Guerra: Suiza. Lo guía la esperanza de encontrarse con un último reducto de Europa en el que aún perviva algo de su viejo mundo. Sin embargo, se choca con una sociedad de consumo fuertemente influida por las modas de Estados Unidos. Totalmente horrorizado por las mujeres teñidas de rubio y los dandys, decide volver a Lopatyny.

Nuevamente en su tierra natal, el conde intenta retomar su vida, cada vez más nostálgico por aquel mundo perdido que encarna la figura del fallecido emperador Francisco José, simbólicamente inmortalizado en la estatua que le da el nombre al relato. Allí decide vivir en la negación, consagrando su existencia a un ideal que ya no existe, mientras se va volviendo cada vez más senil. El heterogéneo Imperio austrohúngaro fue percibido por el resto de Europa, durante la era de los nacionalismos que perseguían la homogeneización étnica, como un Estado decadente y obsoleto. Luego de su desmembramiento, el conde de Lopatyny encarnará ese mismo rol y, lo que en un principio se nos presenta inequívocamente como drama, tomará una deriva grotesca hasta alcanzar incluso la comicidad.

Las novelas de Roth no buscan representar los grandes acontecimientos de la historia, sino que la maestría del autor consiste en la sutileza con la que condensa formas de sentir de su época: aspectos de la historia que la historia no puede abarcar. Roth logra captar y plasmar, desde el plano más afectivo, la percepción de desamparo del individuo moderno, su condición de alienado y su inconsolable melancolía.